

RAMÓN HERNÁNDEZ ARMAS



LIBRO DEL SUR

Arturo Maccanti

Carlos A. Schwartz

En medio de numerosas polémicas ante la masiva transformación del sur de Tenerife, sale a la luz una cuidada edición con fotografías de Carlos A. Schwartz y textos de Arturo Maccanti, *Libro del Sur*. En todas estas porfías paisaje, patrimonio y desarrollo son cada vez más objeto de discusión y de movilización social. Torres, puertos, playas, jaulas marinas, pistas de aterrizaje, trenes, autopistas, etc., todos ellos proyectos envueltos en el dilema de crecer o conservar, todos ellos ejemplos para el cuestionamiento del espacio habitado y del espacio habitable.

Desde la expresión artística, *Libro del Sur* nos propone asomarnos al paisaje de este lado de la isla a lo largo de cinco series temporales: 1976, 1987, 1993, 1994 y 2001... Cinco series de las que la primera mantiene planteamientos formales bien distintos al resto. En ella el Sur se hace roca –*tosca* más propiamente–, y con ella, las texturas y hendiduras de su particular versión

de gea dan lugar a sensualidades insospechadas. La madre naturaleza toma cuerpo y lo figurativo deja entreverse en la natural disposición de las formas, quizás queriendo recordarnos la relación orgánica que todavía mantenemos con lo inerte geológico. Algo que, en estos tiempos de desarrollo, muchos se empeñan en hacernos olvidar.

En el resto de series, paisajes. Paisajes donde la línea del horizonte se nos muestra casi siempre muy alta, y las tierras del Sur cobran total protagonismo, si acaso, enmarcadas por breves celajes o límpidas alturas. En ellos: eriales, matojos, cenizas, pasajes peñasqueros en los que la presencia humana es limitada casi a su huella, a su rastro, a su mueca. Ora unos muros en bancales abandonados, ora la vieja casa caminera, ora la pequeña torre de control de un aeropuerto imaginado/deseado, ora una escalinata empotrada a la memoria jubilosa por un líquido elemento que ya no está. Un gesto que nos demuestra que incluso en eso somos perecederos, haciendo inútil finalmente nuestra cotidiana pugna contra el tiempo y los designios de la naturaleza.

Pero, en la derrota, la belleza da sentido a nuestras infantiles pretensiones, y en los esfuerzos por sobrevivir quedan, petrificadas, nuestras ilusiones y alegrías. Sólo hay que ir allí para verlo (para leerlo). Schwartz lo vio/lo leyó, y así nos lo cuenta. Maccanti lo sintió/lo juzgó, y así nos lo narra. Discursos, lenguajes, expresiones, itinerarios... en busca del Sur. No es casual que fotografía y texto se unan aquí en su discurrir narrativo, al fin y al cabo el Sur siempre fue una de sus inagotables fuentes de inspiración.

En *Libro del Sur*, a pesar de lo que su título pudiera sugerirnos, no encontraremos exactamente el reportaje del Sur, aunque sí el planteamiento seriado de sus paisajes, pero unas series que han sido calificadas por uno de sus autores como *itinerarios* ("Reflexiones en torno a mi obra fotográfica" *Taramela*, 5). Sí, *itinerario*, sobre todo en lo que tiene de recorrido personal de la geografía, sin pretensión de representatividad, y de recorrido fragmentario del espacio que le ha tocado vivir. Pero también de búsqueda de lugares periféricos, de márgenes civilizatorios, muchas

veces en estado decadente y ruinoso, donde la naturaleza y la cultura se encuentran en estado límite, casi liminal, hablándonos de luchas y derrotas, de afanes y capitulaciones, para, al final, desvelarnos su secreto existencial: el tiempo y la soledad.

Fotografiar/escribir, no son sino formas de ver y de hacer ver el mundo, en esa especie de testimonio del acontecimiento, de la escena vivida. Así, cada fotografía/poema, es una “puesta en situación” de la manera de percibir del autor, y, en su subjetividad, una forma de hacer someter la mirada ajena a su poética particular. Sin embargo, en ella nuestro fotógrafo deja anteriores propuestas, y ya no se trata de interior-exterior, sujeto-objeto, dentro-fuera..., y el juego de ambigüedades que suscitan, sino: aquí-allí, imagen-realidad, espacio fotografiado-espacio vivido. Sí, Schwartz se diría que aspira a mostrar algo más en su testimonialidad, quizás, que además del hecho fotográfico hay paisajes, que están ahí para sentirlos y admirarlos, paisajes que no claudican ante nuestra contemporaneidad vivencial suprema: el masivo consumo de imágenes mediáticas, la supeditación de lo real a lo virtual y el triunfo de un modo vital frenético, de un eterno ‘aquí y ahora’ que rompe con toda clase de lejanías, haciéndonos pensar, ilusoriamente, en un mundo cada vez más pequeño, inmediato, conocido, casi doméstico. No, Maccanti ya nos advierte: “Un día cualquiera volver al Sur. Pero quien tenga prisa que no venga. Que no salte esa cerca, ni toque ese ramo de geranios, ni corte esa mata de salvias. Pase de largo y vuelva a sus inútiles urgencias”. Y en este ejercicio, una nueva actitud vital, un nuevo paisaje ante nuestros ojos, un nuevo torrente de experiencias; descubriéndonos lo insólito de un espacio que en nuestros apresurados recorridos por la isla creíamos anodino, reseco, miserable, resabido.

No, el Sur de Schwartz y Maccanti no es el Sur inhóspito sin más, paréntesis inevitable en nuestra geografía isleña. Tampoco es el Sur moderno, cordial y exuberante del paraíso turístico al uso, lleno de abundancias y verdores inventados, ni el de su desarrollismo especulativo, con sus ansias de cambiarle la piel. No, este Sur es perturbador,



descarnado, oxidado, mineral, pero no por ello deshumanizado y falto de lecturas vitales. Una belleza que impacta, eso sí, nada amable, pero que queda contigo para siempre porque nos habla de lo elemental, de lo primigenio en nuestra existencia: el yo frente al mundo, en soledad.

Sin embargo, sabemos que para muchos ésta no es la visión del Sur, y por ello la justificación para su desaforada transformación. El Sur, nuestro Sur, como metáfora de todos los sures. Siempre el Sur: desvalido, desolado, oprimido, colonizado, yermo, indolente, subdesarrollado... El Sur siempre como carencia, como penuria, despreciado e incomprendido. Y ahora... el Sur como espacio de promisión, como perla de nuestros sueños economicistas, pero en esa metamorfosis: el territorio como tábula rasa donde hacer y deshacer libremente, el lugar de crecimiento sin fin y a costa de lo que sea. Y así, la pérdida de nuestro vínculo existencial con el medio y su epidermis natural. Quizás, *Libro del Sur* también sirva para librarnos de prejuicios y manipulaciones, y considerar el paisaje en su valor patrimonial, en su diversidad, en su diferencia, en su plasticidad, ... en su lección vital.